

El Maestrazgo



Ángel Juanjo Juan Rafa Saúl



JULIO 2016

EL MAESTRAZGO

El Maestrazgo no es una comarca más, aunque comparta con otras dificultades tales como la despoblación, el aislamiento y un clima extremo. Pueblos tranquilos de unas decenas de habitantes, como Miravete y algunos, si acaso de un par de centenas. Cantavieja, conocida como su capital, apenas excede las setecientas almas. Repuestos o servicios para la bici, inexistentes en toda la comarca; podemos deducir que otros servicios también tienen que ser problemáticos. Es lo único que se puede echar de menos, todo lo demás lo tenemos a mano.

Unas comunicaciones dificultosas en una comarca con muy baja densidad de población, para las marchas en bicicleta son un paraíso, extraordinarias por el casi nulo tráfico, con un trazado sinuoso constante y un perfil de puñal afiladísimo dentro del alma de una naturaleza formidable. Eso sí, hay que ir entrenado o de lo contrario la marcha será un martirio. No somos muy conscientes que marchar por estas latitudes es hacerlo siempre por encima de los mil y muchos metros; pocos lugares del país tienen tantos balcones a esas alturas, es un paseo por las nubes.

Una paz y soledad constante en una naturaleza inmutable, donde la emigración paró los relojes, como el del campanario de Tronchón que en vez de la hora, marca que el tiempo por aquí se mide de otra manera.

A partir de ahora será requisito obligatorio la ITV de la bicicleta, más que nada, aparte de llevar una bici en óptimas condiciones, por evitar las lágrimas del piloto. También se requerirá la vacunación contra la subiditis y la cuantoqueditis, en previsión de los síndromes de ansiedad.



DÍA 4 DE JULIO LUNES

MARINES - BARRACAS (87 km)

Tal como acordamos, a las nueve nos encontramos en Marines. Rafa y Saúl son los que tuvieron que hacer mayor esfuerzo, ya que venían de Tarancón, por lo que tuvieron un madrugón. Ángel y Juanjo llegaron en bici desde sus casas, sobre hora y media de pedaleo. Juan es el que más cómodo lo tuvo, ya que sólo tuvo que pedalear sobre tres kms. Después de los saludos de rigor, fuimos a un bar del centro de Marines y tomamos unos bocadillos. Comentamos sobre el olvido de Juanjo de



no traerse el cuaderno de la ruta; no le dimos mucha importancia porque pensábamos que no tendríamos inconveniente mayor. Sobre las diez emprendimos la ruta con un día estupendo. El puerto de Alcublas era la primera y mayor dificultad de la jornada, a esas horas el calor se iba imponiendo, pero un aire fresco nos ayudó hacer la subida sin grandes agobios. Cruzamos Sacañet y a partir de aquí teníamos que coger el desvío a Bejís, cosa que no hicimos y al llegar a Las Ventas, paramos para considerar si cogíamos una carretera que iba a Bejís y Torás o seguíamos por la misma carretera que indicaba a Teresa. La cuestión es que aquí teníamos que haber ido hacia Bejís; nos dimos cuenta porque a los pocos kms de ir

hacia Teresa, venían indicaciones de Viver, aparte de que teníamos que marchar hacia el Norte y lo estábamos haciendo hacia el Este.



El calor ya era sofocante y dada la hora que era decidimos comer en Viver, en el restaurante EL Chorrillo que nos encontramos al entrar en la población. Menú aceptable a diez euros. Luego tomamos agua de una fuente que había enfrente, fuente de La Salud, una pequeña decepción, pues no

era de manantial sino agua clorada de la red. Después de orientarnos con el teléfono de Rafa, escogimos el camino a seguir para tomar la vía verde de Ojos Negros. Fuimos en dirección Masias de Parrela, y después de atravesar un puente que cruza por encima del ferrocarril y la vía verde, tomamos ésta que sobre las siete y media nos dejaría en Barracas. Después de todo sólo hicimos unos quince kms de más.

Barracas es una sola calle, a mitad de la misma una Sra. nos llamó para preguntarnos si estábamos buscando donde dormir. Nos ofreció su establecimiento –Casa Carlos-, primero nos la ofreció por veinte euros, pero al decirle que íbamos a Casa Carmen, nos dijo que dieciocho. En Casa Carmen nos pidieron veinticinco, o sea que lo tuvimos claro. Al final pagamos veinte euros en Casa Carlos porque nos dejó dos casas para que estuviéramos más cómodos. La Sra. era una metralleta hablando, no paraba de hacer comentarios sobre la situación hostelera del pueblo y de lo bien que íbamos a estar en su casa.

A cenar fuimos al restaurante Norte, el único abierto ese día y donde suelen para los camioneros aunque dudo que les cobren dieciséis euros por el menú, un poco caro. Durante la cena nos visitó la Sra. de la Casa Carlos para decirnos que mañana al irnos, dejásemos las llaves dentro de las viviendas, claro, nos dijo eso y algo más. Luego llegó el camarero y nos preguntó qué quería esa, en tono despectivo, y nos comentó que ellos cobraban dieciocho euros.

Después de cenar dimos un paseo por la solitaria calle Mayor, y sobre las once nos fuimos a dormir para reponernos de esta etapa rompe piernas y calurosa que el aire fresco hizo llevadera.



DÍA 5 DE JULIO MARTES

BARRACAS - ALIAGA (105 km)

El sueño reparador no lo fue tanto, demasiado tráfico sobre todo de vehículos pesados, más de una vez despertabas con la sensación de estar debajo de un camión. No es un lugar para descansar, demasiado ruido tanto de día como de noche. Sobre las ocho nos acercamos al restaurante Norte, pero como no nos hacían caso nos fuimos al Rincón del Caracol que hoy estaba abierto y allí desayunamos.



ya no tendríamos ni un metro llano.

En Mora de Rubielos fuimos a la oficina de turismo, donde una chica muy simpática y atenta nos informó sobre nuestras dudas y nos entregó planos de la comarca Gúdar-Javalambre, paso previo para llegar al Maestrazgo. Almorzamos en frente de dicha oficina, a la sombra de unos porches. La opción estaba clara, bocadillos de jamón de Teruel, servidos por un gallego que nos contó que llevaba veinticinco años por la zona y conocía muy bien el Maestrazgo; nos recomendó que no podíamos dejar de pasar por Mirambel.

Al poco de dejar Mora, la dificultad del día, el puerto de San Rafael, trece kms no muy duros, el aire casi frío que soplaba venía muy bien subiendo. Desde la cima del puerto se muestra una especie de postal, una serie de edificaciones adosadas incrustadas a media ladera de la montaña, algo así como





Pitufilandia. Descendiendo pasamos junto a esos edificios y enseguida La Virgen de la Vega, que cruzamos sin ver un alma a pesar de los apartamentos y hoteles; era un remanso de paz en ese entorno de naturaleza. Paramos junto a una fuente con varios caños de agua fresca y al momento, en la lejanía Alcalá de la Selva y enfrente el puerto de Gúdar, algo bravo y muy corto por fortuna. A partir de aquí todo descenso hasta Allepuz,

siempre con Gúdar presente, inaccesible acariciando el cielo. Sobre las tres paramos a comer en la Venta Liara, junto a la carretera antes de entrar en la población. La comida fatal, unos huevos fritos con patatas hubieran sido un manjar. A partir de aquí, siempre oíríamos ese nombre "carrillada" en cualquier sitio de comidas. Tal vez, bien hechas sea un plato más o menos exquisito, pero desde luego el de este establecimiento, repugnante. Nos sentamos en la terraza de la venta a descansar un rato, con la imagen de Gúdar en la lejanía, desde aquí aparece como el guardián de la zona, más inaccesible y orgulloso.

Como de costumbre, para hacer la digestión, en vez de bicarbonato nosotros nos tomamos un puerto, Sollavientos, tres kms no muy pesados. Después todo bajada salpicada con algunos incordiantes repechos, algunos de km. Nos llama la atención Villarroya de los Pinares, más que nada porque no había ninguno. Aquí tomamos el desvío hacia Aliaga y el paisaje cambia, casi agreste, diferente con esas rocas parientes lejanas de Los Órganos de Montoro y un moteado constante de sabinas que le dan singularidad al paisaje, estamos en el Geoparque del Maestrazgo.

Llegamos a Miravete, pequeño y acogedor, con edificaciones de montaña de frío y nieve. Tomamos buena cuenta haciendo un montón de fotos. Hablamos con unos mayores que pasaban el verano y que vivían en



Valencia. Nos comentaban que en verano muy bien pero el invierno era siberiano, vamos que no se perdían por aquí por mucho que fuera su pueblo. Nada más salir del pueblo un repecho considerable, no por su longitud sino por su pendiente; una voz irritada exclamaba "criminal". Hasta Aliaga un paisaje agradable de roca y sabina. Teníamos pensado ir a un albergue en las afueras, pero al final fuimos al camping municipal, setenta euros un bungaló casi a estrenar, excelente, de madera con aire acondicionado. El camping estaba un poco destartalado pero de momento se podía estar. Cenamos en el bar del camping a base de platos combinados, demasiado, pero muy bien y como siempre la gente muy atenta y solícita. Para rebajar la cena fuimos dando un paseo por la calle Mayor, hasta un bar donde tomamos café y ver si mañana abrían temprano para desayunar. Nos llamó la atención un altísimo y enorme pino totalmente pelado y plantado en el suelo que veríamos en otros pueblos también .



DÍA 6 DE JULIO MIÉRCOLES

ALIAGA - FORTANETE (65 km)

Nos levantamos a las siete y media y nos dirigimos al bar de anoche, como era de suponer, tuvieron que ir a por el pan para hacernos tostadas. Al ponernos en marcha tuvimos que pasar junto al camping, pues el camino que nos llevaba a Pitarque empezaba desde aquí. Es una pista forestal asfaltada y con gravilla en muchos sitios. Esta vía es una reivindicación de Aliaga, pues es el camino más corto para llegar a El Maestrazgo a través Pitarque, pero precisa que sea una carretera.



Presentíamos que el camino se empinaría, a poco de cruzar el camping lo comprobaríamos, la pista se va irguiendo. A nuestro favor, una mañana más de esas que invitan a hacer lo que te propongas. Sin embargo, fuimos sorprendidos por una señal que indicaba pendiente del catorce por cien, nos pilló frios y más cuando vas viendo que el camino se pone vertical, sin avistar el final. Hay que poner todos los sentidos para acometer la primera exigencia del día, ascender cerca de tres kms sin tregua y sin atajos. Después, más repechos pero menos exigentes. Todo alrededor son cumbres rocosas con formas caprichosas; vamos haciendo camino atravesando la cima que ligeramente empezamos a descender, hasta que de nuevo otra señal nos avisa que llegamos al puerto de



San Cristóbal, con un descenso del once por cien sobre seis kms que nos dejará en Pitarque, pero no antes de sufrir el rigor del serpenteante asfalto que te desboca sin remisión al vértigo. Las manos sufren para poder sujetar la bicicleta, por lo que viene muy bien parar un poco y admirar el impresionante paisaje de majestuosa naturaleza que se nos muestra. Y volver la vista atrás, más bien mirar para arriba y dar



gracias de que no vamos en esa dirección que es la subida más inhumana de la provincia.

Llegamos a Pitarque y almorzamos bocatas de jamón con un pan de los de antes. Preguntamos a la dueña de la fonda por el camino al nacimiento del río Pitarque y nos lo puso muy complicado, pues un ciclista le comentó que aconsejara a la gente ir andando. Cogimos las bicicletas con las alforjas y todo y nos lanzamos a la aventura de llegar al nacimiento. Al

salir del pueblo, con fuerte cuesta abajo, se acaba el asfalto y entonces Ángel, sabiamente se vuelve a esperarnos en la fonda. Su bicicleta no hubiera superado la prueba de un camino ascendente, estrecho, lleno de pedruscos y otros obstáculos imprevisibles; era un trial donde las alforjas se convirtieron en un incordio añadido a las dificultades propias de la senda. Fueron cuatro kms y medio que la mente los convierte en diez o más, y todo bajo un sol tan irritado como el sendero.

Valió la pena el esfuerzo, la recompensa lo vale. Nacimiento con aguas tan cristalinas como frías, en un entorno virgen que te embarga en una sensación de paz y bienestar. La vuelta es casi un suspiro, pero no puedes descentrarte un segundo tampoco.

La salida de Pitarque continua siendo hacia abajo un par de kms, pero de nuevo se vislumbra esa serpiente negra que sin titubeos se yergue, es el puerto de Villarluego, unos cuatro kms rondando el seis por cien. Una voz iracunda maldice entre nuestras sombras "Miente, miente como un bellaco". Quien brama es el mismo al que se le nubla la vista pensando en lo que tiene delante, pero como todos se enfrenta al desafío. Al llegar a Villarluego, el cielo empezaba a amenazar tormenta. Era hora de comer y lo hicimos en el único restaurante del pueblo, un local sencillo pero con buen servicio. Ya comiendo tuvimos que salir a resguardar las bicis de la lluvia que tardaría en amainar una hora; lo que aprovechamos para una siesta en unos porches de la plaza de la iglesia.



Con la amenaza de tormenta reprimimos la marcha y en menos de nada empezó de nuevo a llover, así una media hora afortunadamente. Subida incesante con algunos repechos algo exigentes, en unos de estos pinchó Rafa. La tormenta dio paso a una tarde estupenda en un entorno sorprendente, una postal del norte, colinas con manto verde y reses paciendo. Llegamos a Cañada de Benatanduz, lugar apacible donde comienza un



descenso que nos deja en el cruce de Fortanete y al ver el repecho que había en esa dirección, el instinto de conservación afloró las dudas sobre llegar a Fortanete o seguir hasta Cantavieja. Democráticamente decidimos seguir la hoja de ruta, aunque mañana tuviéramos que desandar lo que íbamos andar esta tarde. El repecho no fue para tanto, un km del final del puerto Cuarto Pelado, durísimo viniendo desde Cantavieja, y luego fuerte descenso hasta Fortanete, excepto un repecho donde Rafa volvió a pinchar la rueda de siempre.

Fortanete, un espejo de austeridad, casas fornidas, de piedra, desangeladas. Después de preguntar para dormir, no quedó otro remedio que ir al albergue La Tiñada, viejo y algo destartado pero limpio. Demasiadas plazas para la instalación, que en ese momento sólo cobijaba a un marroquí que trabajaba toda la semana en la zona. El hombre sólo salía del albergue para trabajar y comprar. Nos dijo que vivía en Mosqueruela y daba la sensación que quería permanecer lo más desapercibido posible.

Fuimos a cenar a La Muralla, en la calle al fresco. Había unos sujetos hablando sobre la problemática del trabajo en la zona y de los moros que cobraban menos por el mismo trabajo; uno parecía muy disgustado con esa situación. Era imposible no enterarse de lo que comentaban, porque más bien parecía que estaban dando un mitin.



DÍA 7 DE JULIO JUEVES

FORTANETE - MORELLA (84 km)

Fuimos a desayunar a La Muralla y como era de esperar, al ir a desayunar no tenían



pan, la dueña se disculpó mientras iba a la panadería. Al parecer allí se reúnen los mismos todos los días, hablando de sus cosas y fumando como chimeneas hasta que se van a sus faenas. Pese a estar sentados en la calle, la peste a tabaco molestaba un poco y no tardamos mucho en ponernos en marcha.

Ahora tocaba subir el puerto de Cuarto Pelado, los dos últimos

kms entre el seis y el diez por cien, que los subimos sin mayores dificultades. Luego un descenso veloz hasta Cantavieja. Aquí encontramos unos vecinos de Morella que nos dijeron que de Tronchón a Morella es prácticamente cuesta abajo. Pero antes hay que llegar a Tronchón por un camino rural asfaltado que después de una fuerte bajada a la salida de Cantavieja, se torna en un rompe piernas hasta prácticamente llegar a Tronchón. Unos kms antes de llegar Rafa tiene otro problema con la bici, al porta alforjas se le rompe un punto de sujeción.

Llegamos a una especie de abrevadero lavadero donde había una fuente; también un ciclista con las piernas metidas en el agua fría. Cambiamos impresiones con él y al final sin preguntarle nos recomendó casa Matilde. No hacía falta tampoco porque no hay otro lugar. No habíamos almorzado y aunque era un poco pronto para comer, nos acercamos a casa Matilde. La señora estaba sola y un poco apurada al vernos llegar. Le dijimos que no queríamos gran cosa, nos dijo que nos atendería como pudiera hasta que llegase la chica que le ayudaba y que vendría sobre la hora de comer.





La cuestión es que pasamos de bocadillos y comimos de caliente; como era de esperar nos ofreció carrillada y Saúl osó pedirla aunque dijo que estaba buena, desde luego no se parecía en nada a la de Allepuz. La Sra. Matilde nos trató maravillosamente, le preguntamos por el queso de Tronchón y nos sirvió generosamente un buen plato del queso de su pueblo con una barra de membrillo. Cuando

fuimos a pagar, el local estaba lleno y con dos o tres ayudantes, pero de cocinar y cobrar se ocupaba la Sra. Matilde.

Hasta Morella es todo descenso con algún terraplén de vez en cuando y algún tramo a La Todolella, que en vez de carretera es un patatal. Llegando a Morella pasamos por el tramo más delicado de toda la ruta, la circulación de camiones era constante, por lo que las ganas de divisar Morella se convirtió en impaciencia. Rafa tuvo otro percance con la bici.

Mientras unos buscaban donde dormir otros bajamos al polígono para ver de arreglar las averías de la bici de Rafa. Ni había taller de bicis ni tienda de recambios. En un taller repararon el porta alforjas y encontramos un trozo de manguera para proteger la cámara. Llegar al casco urbano es otra ascensión buena. Nada más atravesar el primer portal pegado a la muralla, se encuentra el hotel El Cid; las bicis las guardamos en un garaje a veinte metros del hotel. Dimos un corto paseo por la calle principal y parte de la muralla. Casas robustas y porches largos de altas columnas cuadradas. La población está llena de escaleras para pasar de una calle a otra. Cenamos en la calle principal, como en todas partes bulliciosa, llena de bares, restaurantes y toda clase de tiendas. Cenamos por doce euros en el bar Blasco, nada especial. Después bajamos lentamente hasta el hotel de las toallas de lija.



DÍA 8 DE JULIO VIERNES

MORELLA - RUBIELOS DE MORA (113 km)

Sin duda hoy hemos desayunado mejor que ningún día, fruta, zumo, tostadas, torta,, etc. Lo peor ha sido la noche, aunque esto depende de cada cual, pero nos dieron una habitación para tres que daba a un rincón a la otra parte de la calle, para que no oyésemos ningún ruido, el ruido del tráfico no se oía, pero había otro de máquinas o lo que fuera que sí molestaba y al principio de acostarnos también se notaba cierto calor.



Había una camarera, recepcionista, cocinera... en fin una mujer para hacerlo todo, y lo hizo muy bien porque en el desayuno no tuvimos que esperar y para pagar la factura tampoco. Nos dio las llaves para sacar las bicis del garaje y un poco antes de las nueve ya estábamos en ruta. Aunque primero tuvimos que deliberar, no nos costó mucho, por dónde íbamos a ir, ya que la ruta establecida hasta llegar a La Mata era dura y hoy teníamos una etapa larga. Nos habían comentado que desde La Caba a La Mata, el firme estaba muy mal y tenía fuertes subidas, entre esto y que teníamos que subir el puerto a Cincorres,

decidimos desandar parte del camino de ayer; ir hacia La Todolella y tomar la dirección a La Mata. Así lo hicimos, y nos percatamos que el ir por Cincorres hubiera supuesto como mínimo un par de hora más.



Una vez nos encaramos con la carretera a La Mata, ésta cambia el firme drásticamente pero sin llegar a fatal. La mañana soleada como todos los días, en plena naturaleza y sin

tráfico, no podemos pedir más. Hoy lo interesante es conocer Mirambel, la joya del Maestrazgo como se le conoce. Sin dejar las bicis, dimos vueltas por el pueblo e immortalizamos esos momentos. Vale la pena visitarlo aunque las carreteras son un hándicap. Viniendo por Morella parece el itinerario más cómodo, hay que ir pero sin prisas. Igual que el pasear por sus calles, es un pueblo pequeño con sabor medieval.



Nos encaramos vía Cantavieja, ahora con un sol de justicia que se podía soportar por esa brisa de frescor que nos persigue todos los días. En este sentido de la marcha, cuando divisas Cantavieja, allá arriba rasgando el cielo, no puedes por menos de preguntarte cómo vamos a llegar ahí. La serpiente de asfalto se iza cada vez más, hasta que te muestra un tramo recto y entonces sabes que con un poco más de esfuerzo otro obstáculo más rebasado.

En Cantavieja, compramos frutas y bebidas que nos tomamos a la sombra en una plaza y en frente de una fuente. Entre otras frutas dimos cuenta de un buen melón. Los accesos a este pueblo, no son sencillos, o subes o bajas y siempre curvas en todas direcciones. Hoy nos toca subir, se tiene un descanso al cruzarlo, pero conforme te alejas los caminos se va empinando hasta que requieren de todo el esfuerzo para transitar por ellos. Hemos tomado la carretera a Mosqueruela y ya en el horizonte se dibuja un perfil que parte al cielo. Una vez llegamos a la cima, mirador de la Tarayuela sobre los mil setecientos metros de altitud, empezamos a descender, pero fue una ilusión no había tal descenso. Todo era subir y bajar entre una selva de orgullosos y fornidos pinos, y un cielo que se ponía negro, empezando rugir. Al poco de ponerse a llover, Rafa vuelve a pinchar.



Unos kms antes de llegar a Mosqueruela, la tormenta cesa y entonces es cuando viene el descenso definitivo que nos deja en la población. Paramos en el restaurante El Molino, pegado a la carretera en dirección Linares de Mora. Nos cambiamos la ropa empapada y por quince euros comimos un menú nada del otro mundo, vamos que en cualquier capital los hay más baratos y tan aceptables.



Nos pusimos en marcha con amenaza de lluvia, de hecho llovió ligeramente. Teníamos que subir el puerto de Linares de Mora, a priori la dificultad de la tarde. Se nos puso en contra un aire más que fresco que a veces soplaba impertinente. La cuestión es que después de llegar a la cima del puerto, creíamos que ya estaba todo hecho. El descenso es tremendo, de nuevo las bicis se desbocan por un asfalto empapado entre una ligera llovizna hasta llegar a Linares de Mora donde volvimos a

reagruparnos. Pero de nuevo se avistan pendientes, una detrás de otra enlazadas con míseros y cortos descensos que irritan a algún jinete, así sobre una hora hasta que por fin llegamos al descenso definitivo que pasando por Noguerauelas nos deja en Rubielos de Mora. Por supuesto que Rafa no se escapó de algún problema con la montura.

Empezamos preguntando dónde podíamos dormir, no tuvimos suerte, unos estaban cerrados, como El Aljibe por vacaciones y otros como el hotel Montaña que no había nadie. Dimos con una casa rural en el centro junto a la carretera y Ángel se encargó de negociar con la señora que al final nos cobró veinte euros por persona. Una casa bastante grande con garaje para las bicis. Al repartirnos las habitaciones nos percatamos que a uno de nosotros lo habían hecho marqués. Sí, Marqués de las Subidas y como demanda su alcurnia le fue entregada un habitación como una plaza de toros con su baño incluido y todo lo demás. El marquesado de La Rueda Trasera no pudo ser, pese al empeño que dispendió en ello el interesado. Siempre han habido clases.

Cenamos bastante bien en un restaurante junto al ayuntamiento, Casa Vicente, todo bueno y un precio aceptable. Después emprendimos el paseo de rigor callejeando por este pueblo que vale la pena visitar, bonito y muy bien cuidado, con edificaciones acorde a la idiosincracia del lugar y muy bien conservados.



DÍA 9 DE JULIO SÁBADO

RUBIELOS DE MORA - MARINES (110 km)

No teníamos mucha seguridad en si podríamos desayunar antes de ponernos en marcha, pero en el bar El Corralico, muy cerca de la casa pudimos hacerlo, eso sí, a base de bollería industrial tal como nos advirtió el dueño, porque el pan hasta las nueve no llegaba.

Partimos como ha sido la constante, con mañana soleada y algo de fresco invitando a la actividad. Teníamos que volver a tomar la vía verde de Ojos Negros en el mismo lugar que la dejamos, en la Venta del Aire, con la ventaja de que una vez en ella iríamos en ligero descenso hasta dejarla en el desvío de Altura. Mientras tanto teníamos sobre dieciocho kms con sus correspondientes subidas y bajadas hasta la Venta, pero nada que ver con lo que hasta ahora habíamos pasado.



Hoy nos hemos cruzado con bastantes ciclistas por la vía verde, un lujo rodar sobre la misma por su seguridad, paisaje y localidades donde acceder a servicios, es como un pasadizo que te pone a salvo del peligro del tráfico. A poco de tomarla notamos los efectos de la tormenta caída ayer, de hecho, Ángel fue la víctima, pues su bici al tener guardabarros, ese barro pegajoso se incrustó entre las ruedas y el guardabarros haciendo imposible que las ruedas rodasen. Casi a la vez, Rafa vuelve a pinchar. El sol a cada minuto nos apretaba más; al llegar a Caudiel nos refrescamos con deseo en una fuente pegada a la vía. Unos kms después a las doce y algo llegamos a Jérica. Aprovechamos la hora para



reponer energías para el resto de la marcha y ganar tiempo. Tomamos buenos bocatas en el bar Tino, el Tigre de Jérica; establecimiento céntrico, en un cruce de neurálgico de la población, con mucho ambiente y una fuente para refrescarse. Nos sentamos bajo unas sombrillas en un amplio chaflán. Lo único que hicimos no muy bien, fue pedir bocatas de jamón porque a la una y media del mediodía, con un sol cabreado y una sed implorando agua constantemente, hizo que la subida al puerto Chirivilla además de por su dureza, el esfuerzo se incrementase por la ansiedad constante de beber, bajo un bochorno incordiante que hizo caldo el agua de los bidones. Con todo esto, Rafa otra vez tiene problemas con su rueda, no se libra de la pesadilla ni acabando. Pesadilla hubiese sido si el puerto tuviera cinco kms más; al llegar a la cima, cinco kms de bajada nos dejan en la fuente de los quince caños de Gátova que fueron un placer. Aun así, tomamos refrescos y helados del bar que hay en frente. Una vez recuperados y con la carretera a nuestro favor, nos dejamos caer hacia Marines y poner fin a esta excursión.

